

PRÓLOGO

Cuando era pequeño, indefectiblemente, noche tras noche, tenía la lesiva manía de ocupar los pensamientos previos al sueño en asuntos demasiado densos, agobiantes por inciertos y profundos para mi corta edad; la eternidad del alma tras la muerte, el sentido último de la existencia, el Infierno, la esencia de los espíritus y los ángeles... llegué a dudar, fruto de un posible delirio infantil, que toda la realidad que me rodeaba pudiera ser una emanación de mi conciencia, que yo fuera lo único realmente existente, una especie de dios en sí mismo que ha perdido la identidad y que crea un mundo virtual para entretener su infinita soledad. El solipsismo cartesiano me arañaba día tras día. Angustia existencial, mal de juventud, dirán algunos. Tenía muchas preguntas y ninguna respuesta.

Han pasado muchos años desde entonces, años en los que he buscado respuestas razonadas y razonables a los interrogantes que me han acompañado, repiqueteando mi sesera, hasta ahora. Fue mi padre el que me aconsejó, hace un par de años, que intentara ponerme en contacto con un sacerdote jesuita que salía por la televisión hablando del origen del universo y de las motivaciones últimas de nuestra fe católica. En agosto de 2013 visité al sacerdote Jorge Loring— fallecido en olor de santidad un 25 de diciembre hace pocos años— en su residencia jesuita de El Puerto de Santa María, Cádiz, con la intención de hacerle una entrevista para otros trabajos que tengo pendientes. Aproveché la ocasión para pedirle el correo electrónico del padre Manuel Carreira. Una vez entablada la correspondencia informática, y habiendo accedido a mi petición de entrevista para confeccionar el presente libro, el padre Carreira me citó varias tardes consecutivas en la residencia de profesores de la Universidad Pontificia de Comillas, donde vivía en mayo de 2014.

Siempre puntual, con apariencia serena, tranquila y sosegada, el padre Carreira conversó pacientemente conmigo durante cuatro días en un pequeño cuarto de las instalaciones donde vivía. La habitación estaba rodeada de fotos enmarcadas de paisajes que él mismo había ido tomando a lo largo y ancho del globo. Por primera vez, las dudas que albergaba mi inquieto cerebro se iban disipando con la ingente fuerza de los argumentos que aquel culto sacerdote iba desgranando con sapiencial acierto.

El padre Carreira no estuvo muy de acuerdo con el título del libro: *La quinta energía*. Él es muy exacto definiendo conceptos. Finalmente, lo aceptó por su originalidad. Existen cuatro fuerzas en la Física: electromagnética, gravitatoria, nuclear fuerte y nuclear débil. El título hace alusión a esa quinta energía, espiritual, que simboliza la potencia divina, que no vemos, pero que existe, que está ahí. ¿O no? De eso hablamos.

Lo que sigue es un manual de defensa de la Fe para el católico que no se conforma con la Fe del carbonero. Es la recopilación del pensamiento del padre Carreira; lo más lejos que se puede llegar a la ahora de razonar los pilares de la religiosidad, en general, y el catolicismo, en particular, a través, por supuesto, de la tradición aristotélica—tomista y el conocimiento científico del que disponemos en nuestros días.

Alejandro Nolasco Asensio. Montréal, Québec, Canadá. Marzo 2015.

NOTA PRELIMINAR

Marzo de 2020. Un virus de origen asiático azota las calles de nuestra patria y del mundo entero. Los españoles, confinados en nuestros domicilios, vivimos con los ojos clavados como agujas en el televisor, esperando, sin éxito, comprender los motivos de la desgracia y del sufrimiento repentino, intentando atisbar, con neurótica premura, los engranajes lógicos de los fatales, adversos y sucesivos acontecimientos. Tenemos los nervios de punta y, lo que es peor, la insoslayable angustia que genera la incertidumbre del no saber, del no poder asirse uno al conocimiento de la fuente de nuestras debilidades. Mala cosa es no poder conocer, no poder analizar, al enemigo; máxime si éste es invisible.

Pero, al mismo tiempo que la amenaza vírica comenzaba a penetrar en nuestras vidas, dejaba este valle de lágrimas uno de los pocos sabios que todavía— si acaso— quedan entre nosotros. Encendí el ordenador y busqué, quizás movido por una macabra casualidad, información sobre Manuel Carreira en la red. Por si hubiera algún artículo suyo flotando por ahí, por si hubiera en internet alguna nueva entrevista, por si encontraba, en definitiva, algo que me hiciera verlo de nuevo. Cliqué en la primera página que encontré y la realidad me mordió con saña. Fue un latigazo, ahora lo recuerdo. El padre Carreira había muerto. Había muerto unas solas semanas antes; el 3 de febrero.

Se había ido Manuel Carreira, como siempre, sin hacer ruido, sin exabruptos ni estridencias. Se habrá marchado, seguro, con el mismo silencio monacal, ascético y tranquilizador que envolvía la habitación donde lo vi por primera vez. En los últimos años, el Alzheimer se había encargado de ir borrando, laboriosamente, la ingente cantidad de conocimientos que atesoraba el sacerdote jesuita. Pocos ecos en la prensa con motivo de su deceso, poca repercusión por su definitiva partida. En definitiva, ¿a quién le interesa, hoy en día, reflexionar sobre las grandes preguntas que han preocupado y preocupan al ser humano desde el origen de los tiempos? ¿Para qué? Cualquier argumento se zanja, en el mundo en que vivimos, a golpe de *tweet*.

Inmortalícese esta obra, negro sobre blanco, para que, cobrando materialidad en papel, pueda ser de ayuda cuando el que suscribe tampoco esté aquí, en este mundo extraño. Para que pueda ser, parte del legado que ha dejado Manuel Carreira. Para que pueda ser reflexión y sosiego de las mentes inquietas.

Padre Carreira, descanse en paz. Estoy seguro que usted ya conocerá, en estos mismos momentos, todas las respuestas a las preguntas que en esta obra no han podido ser contestadas.

Teruel, mayo de 2020. Seis años después de la primera entrevista.

CAPÍTULO DEL ORIGEN DEL UNIVERSO

I

—*Padre Carreira, ¿qué es el Universo?*

—Si hablamos desde el punto de vista de la física, el universo es la realidad material que puede conocerse por alguna medida experimental, directa o indirecta. Ni más ni menos. Pero si lo describimos como absolutamente todo lo que existe, naturalmente, se amplía la definición. El universo contiene al hombre, el hombre contiene la realidad del pensamiento y este pensamiento no puede determinarse por ninguna medida experimental, pero hay que considerar que existe y, por lo tanto, una descripción de la realidad total tiene, de alguna manera, que incorporar el fenómeno de la consciencia, de la inteligencia y de la libertad humana. Pero para un físico, el universo es la materia con sus interacciones, por medio de cuatro fuerzas y estas interacciones son las que permiten conocerlo. No puede ser otra cosa.

—*¿Cómo comenzó a existir el universo? ...*